

La vida

EL APIARIO DE LA
RESIDENCIA DE ESTU-
DIANTES.

Yo, que asistí a la inauguración de los colmenares de la Residencia de Estudiantes, va a hacer dos meses, ⁽¹⁾ he ido ayer para ver cómo ha prosperado esa obra medio de albañilería medio de repostería a que se dedican las abejas.

Claro que el sacerdote D. Isidoro Hernando y su hermana doña Basilisa me esperaban. Hay que hacerles profesores de apicultura, pues ese digno sacerdote, en vez de pastor de ovejas creyentes, ha nacido para pastor de abejas.

Ya lo decía en una Real orden el Ministerio de Fomento, a propósito de la enseñanza apícola: «habiendo necesidad de tener una vocación especial para obtenerla, y de aquí la imprescindible necesidad de estimular este estudio, pues no hay que olvidar que las abejas no admiten ni toleran brusquedades ni violencias de carácter, siendo de absoluta necesidad tratarles con cariño y dulzura».

En un mes y medio han producido los enjambres implantados más de 35 kilogramos de miel.

Ahumado constantemente por el aparato manejado por el apícolar sacerdote, las abejas me respetaron y supe que Madrid es admirable para el cultivo de la miel y que está plagado de flores milíficas. Ahora, que llueva en agosto, «porque lloviendo en agosto llueve miel y mosto».

Después, el quijotesco colmenero y su hermana—¡qué lástima que Don Quijote no tuviese una hermana con tan patriótica y célebre figura como la de él—me regalaron una botella de hidromel, la bebida hecha con miel que las walkyrias daban a los héroes en el Walhalla, digna bebida de los poetas, que repartí y escancié anoche en Pombo en viejos cálices de vidrio, y que a todos supo a gloria, y eso que faltó beberla en el vaso natural para esas bebidas, que es el cuerno montado en plata, el cuerno limpio y adornado, que es el vaso natural y paradisiaco por excelencia.

SACRISTANES ELEC-
TRICOS.

Se ha inventado el modo de hacer sonar las campanas sin que los sacristanes tengan que ahorcar sus fuerzas del difícil cordel cada vez que tocan.

(1) Véase el N° 15 del «Repertorio», tomo en curso.

Ultimamente, en la feria de París ví dichas campanas, y a su lado, en regateo con los vendedores, a esos señores enlutados y con una calva que comienza en la frente y se une a la posible coronilla, que compran las imágenes, y las campanas, y las custodias de oro en nombre de sus monseñores.

Sentí frente a esas campanas desconceptuadas por el aparato eléctrico,

que no se puede faltar al ritual del culto sustituyendo lo que ha de ser humano esfuerzo y devota acción del sacristán, por la cosa automática y desprovista de sentimiento religioso.

Así como no podemos llegar nunca al cura mecánico y gramofónico, repugna también pensar en esas campanas, que ya no obedecen en sus arrebatos y lugubreces al desgañitamiento del fervor humano, del arrebato litúrgico.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

El retablo de maese Falla

GRAN fiesta en el palacio de la princesa Edmond de Polignac. Brilla en la noche el charol de los automóviles mudos, bajo los castaños de la avenida. Junto a la verja ronronea el corro de los «chauffeurs». Al pie de la escalera, medio desnudan a las damas los lacayos con los brazos cargados de abrigos. Descotes y pecheras se envían mutuamente sus fuegos a través de las salas. Hay escote cercado de pecheras y hay pechera cercada de escotes. Así se halla Paul Valery, el poeta de hoy, que hace gestos de naufrago entre las ondas de los hombros femeninos. En el quicio de una puerta, Henri de Regnier, el poeta de ayer, se halla todo rígido y despreciativo como sus bigotes cadentes y su monúculo altanero. El músico Stravinsky es un ratón entre las gatas. Y el pintor Picasso, de etiqueta, y rodeado por todas partes, parece que está apoyado en una esquina y que tiene la gorra caída sobre una ceja. El pintor José María Sert parece que nos hace los honores del palacio. Pero de los poetas, pintores y músicos—la corte de la princesa

Edmond de Polignac—, el héroe de la noche es el maese Falla.

Rebosa el salón del teatro de la princesa. Quedan fuera, por las puertas, manojos de colas de frac. La escena es de guiñol. Los muñecos representan a Don Quijote, a Sancho, a maese Pedro, al muchacho que explica el retablo y a los demás personajes de Cervantes en el «Quijote», capítulo XXVI. El retablo con sus títeres: Don Gaiferos, Melisendra y los otros, se abre también ahí, en el teatro de los muñecos: es el guiñol del guiñol. Por la oposición de irrealidades entre los títeres y los muñecos, se ve la razón de la sinrazón de Don Quijote. Melisendra es tan de verdad como maese Pedro. Los pintores y escultores Lanz, Ortiz, José y Hernando Viñes han montado este profundo guiñol con toda su gracia de chicos de chicos. Entre las manos ocultas que mueven a todos los muñecos, la del pianista Ricardo Viñes, héroe de la mano, es la que maneja al héroe del manco. En la orquesta recitan el «Quijote» las voces de Don Quijote, de maese Pedro y del muchacho que explica el retablo. Ahora sólo les falta a ustedes oír la música para saber lo que es esta obra de Manuel Falla.

La última de Stravinsky: «Bodas», estrenada esta temporada en los Ballets rusos, y asimismo tocada por primera vez antes en el salón de la princesa, tiene una música que le coge a uno por los oídos y le arrastra con una cadena hecha a golpes. La música del «Retablo» también le sujeta a uno, pero como esos taconeos de bailadora que dicen: «Sígueme». ¿Quién se resistiría? Su paso por el salón de la princesa de Polignac echa a volar todos los aplausos. El maestro Falla se va con su música a Granada.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

París y junio.

CORPUS BARGA